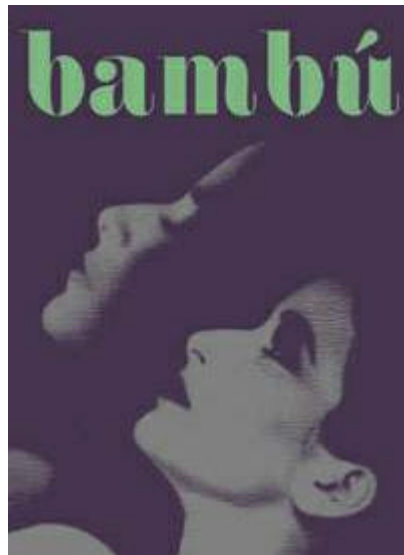


Juan José Téllez



(<http://www.rafaescoto.com>

Volátil, 2001)

OIRÁS EL BOLERO

ESPLIEGO y sándalo bajo su ropa esencian
los pliegues levadizos que al galán convidan
a plantar menta o regalar glicinas
sobre el jardín de la chica de Ipanema.

Escrita al pecho llevo su carta navegante
y sólo si canta la alhoja mi ensueño distrae
del modal de su fragancia y de la sombra
que a contraluz repica el eco de su efigie.

Cruza ahora su donaire el país de la ciudad
y peina sus crenchas la brisa de la isla donde vivo.
Probaba el alcuzcuz de su labio salado
del que pendían las cuentas de un rosario azabache.

"Sólo amo las naciones de nombre hermoso -le dije-,
oirás el bolero y crecer mi lejanía.
Celebrarás a solas la fiesta de los ácidos
aunque la vida a veces lleve a un final feliz".

ISLA VERDE

Quien diese nombre a la ciudad,
sepa su extravío.
De la ceniza viene como barca sin lumbre,
que vira del cabo a la bocana,
con el naufragio escrito en sus cuadernas.

Contonea el paraje su marabú calizo
y bajo la túnica, el ojo morabita contempla
la posada donde han muerto
caballos de mar con su crin deshecha,
jirones de vestidos y el don de la memoria.

Mancharán sus dedos polvo de oro
y en corso, las galeras
rodearán zaguanes. Su majestad de hierro,
en la Isla, fondea el paquebote.
Llora, Fabio, sus ruinas, mas éstas del progreso.

A dónde ese muchacho, bajo el rocío,
preguntará por la suerte de Amatea, a quien quiso,
por los cómplices que libren
de la Ley a su Reino o las claves que expliquen
el curso de los astros.

Del cálido bullicio, la población dormita
sobre el lecho del río al que ha renunciado.
La corriente detuvo su singladura
y rielan, impasibles, las quillas sobre templos
hundidos. Vegetal retirada,
le incendió la ira. Testigo fui de aquella hoguera
que aún a veces, en noches del estío,
levanta fuegos fatuos.

LOS MEJORES AÑOS

ANUDAN en pañuelo su camisa al vientre,
les acompaña el rizo del salitre
y estambres del amor devoran su pistilo
como planta carnívora. Fugaz, dicen luego,
esa edad primeriza. Ahora eterna,
en cambio, juzgan la plenitud de sus miembros
y suponen permanente la alborada
e invicta la luz del mediodía
que su alborozo enciende.

Corren a poniente sudorosos, silban cánticos
frívolos y exponen su ocio al anciano que mira
los años perdidos. Los mejores, miente.

ESTACIÓN DEL NORTE

ACUDO hacia el invierno
en el correo de levante: allí domos verdes,
el caserón lacustre,
las letras celestes que la lluvia escribe
sobre el pómulo de los desconocidos.

Al heresiarca
saludar deseo en la Isla del Laberinto.
Le revelaré que huyo
del genio que desvela la paz del arrayán
pero su desvarío ignora.

Supe que la ilusión fácil
el alisio triza
y mi ánimo guarecí tras las ventanas del alba
que, al jardín del silencio,
en contraluz se abren.

Mece el vagón las palabras
cuyo sentido el tiempo nubla y su nombre
pronuncian en vano los mortales.

Ya el silbo de la huida
ululó en otro tiempo. Contemplé el maremoto
humedecer los raíles,
pero miré hacia el sur
y juro que no supe de dónde procedía.

BAMBÚ

LOS juncos chinos volverán al río,
regalando su borda especias y corales.
De sargazo y esporas visten los marinos
o musitan canciones que sólo el edén enseña.

Dardos de bienvenida a su paso arrojan
doncellas cerbatanas que ofrecen
bayas al navegante,
semillas del tamarindo y flores en corona.

Hoy lloro la memoria de la orilla
donde el trópico yacía en sus inviernos
sobre picos de aves extraviadas.

Únicamente el mar alumbra mi atalaya,
suena el crótalo por música,
clarín vegetal que escucho, distraído,
en el vestíbulo del Hotel Malasia.

Añoro la gratitud de la pantera
que en satén ceñía su infortunio. Mesaban
sus garras mi cabello, como ahora
las aspas de los ventiladores
el aire viciado y el velador abanicán.

"Volverás a Borneo", el licor me dice,
en su lámpara mágica,
pero no restan juncos en los muelles,
olvidé la ruta a la bahía de Brunei,
las damas de la noche a su hogar tornaron
y jamás estuve, es cierto, en Singapur.

LA GRAN MURALLA

EL mar de Samarcanda la piedra gris humedece
y tocan sus almenas la Sierra del Rocío,
el claro de luna cala las ojivas
y el viento del simún arrastra ante su muro
guiñapos del profeta que clamaba en el desierto.

Allí acecha el hombre, sugiere la cascada
su acuática salmodia,
sobre la hiedra crecen hojas del acanto,
rostros desvaídos
cuyos rasgos dibuja la oscura en su pizarra.

Plumas del faisán, caimanes
y el valor del guerrero que deserta, de adobe
y de ladrillo, de guijarros sirven.
No hay puente levadizo, su albañil no descansa.

Separó de cuajo el corazón amante
y su alfanje de grisú
atraviesa mi cuerpo por el vértice.
También ya soy su torreón vigía,
ojo de la alcazaba, linterna, párpado insomne.

LAS HOJAS DEL TÉ

CUANDO la mata oprima el corazón de ajenjo
y el hombre reconozca
la fuente anciana que agua limpia lleva,
tal vez no sea nuestra la región
que amamos,
pero vendrá la paloma y luego la noche,
camarote de la gracia
que la adormidera arrulla en continente
sobre su delta abierto.

Llamará el ruido al tigre de la vida
y golpeará sus címbalos
el tambor de la nostalgia. Caerá
sobre este tiempo el peso de la ley,
la camelia de la muerte ornará su solapa
con el perfume doméstico
de la vieja familia:
en su barandal escribieron mi destino
y he jugado a negarlo como San Pedro.

Besará el día mis labios de príncipe
que duerme,
las orillas del Támesis crecerán al mar
y los frutos del gozo
han de lucir su vaina en las ramas
que el viento ha adormecido
junto al camino fértil de Emaús.

PASIÓN LATINA

ELLAS eran mujeres frágiles, mastines de porcelana,
variables sus nombres al vaivén de la estación.

Eran mujeres de fuego y de cobre tallado.

Fueron espejismos en el desierto de nieve.

Eran rubias o eran el corazón de la Kaaba.

Eran un caballo de crin sentimental.

Tenían ojos de buey sus cuerpos desnudos

y una tormenta inglesa tatuaba sus brazos.

Sonaban sus voces a catarata o aljibe.

Volvían de la lluvia, su cabello oscuro.

Fueron tablas de viento sobre la mar picada

y su última palabra un zapato perdido.

Yo fui el viajero de sus llanuras secretas.

Sólo recuerdo sus dedos o sus pendientes

o el broche hundido en la piel de los pechos.

Cada detalle, una sola señora mi memoria pinta.

Pero es un crimen pasional besar a la nostalgia,

invitarle a bombones bajo la luz del ocaso,

decirle quedamente las palabras que aroman

el tiempo abandonado con damas de noche.

FUERA DE LIBIA

EL gesto libre,
la faz rendida al cuerpo marino que su cabello roza,
la ausente Libia iba y venía
con su licor de Tokay, entre la fiesta.

-Retira esas manos de brusco rondador
-le dijo a Ralph Murray, en la terraza-
Fui estrella libre e incluso mi oasis el peligro alberga".

Había venido del golfo en un velero
y su satén reclinaba en el piano la canción
que el álgebra del tiempo compone con las cuentas de la vida.

-Fuera de Libia, no insistas",
tuvo Carlos que imprecarle a Ralph,
tambaleando su ebria arquitectura hacia el lavabo,
junto al tapiz de Bertucci en el pasillo.

"Mi propio país, yo soy",
me repuso.
Desde el alféizar, miraba el rompeolas que quiebra
la calma falsa. No volví a verla hasta el mes de octubre
y apenas devolvió mi saludo en la distancia.
Dicen que ella es desierto y tiranía,
pero aún crecen los cedros sobre el valle.

VESTIGIOS

EXISTE una ciudad romana al sur de Xauen,
donde aquella tarde
quisiera haberte visto,
ocupados en la música de cítaras
bajo todos los matices del crepúsculo.

Eran de amor, nuevas sugerencias
y turbábanse los juegos,
de soledad.
Había nociones de otra lejanía
sobre gestos amigos
que, a veces, se acercaban.

Lloverá delfines, el desierto, en Volubilis
y habrá lumbre, de nuevo,
sobre el ara del Pan.
Portada en palanquín, la cortesana
aún dice, a Lucio, su nombre de familia
mas él guarda silencio en el confín de Hades.

Melancólica como otras ciudades de la paz,
fue el olvido
quien puso a su soberbia término;
si no creció a la costa, es culpable el hastío.

El tiempo limó su leyenda en el muro:
"Si la batalla viene
-así rezaba-,
líbrala en ti mismo y, luego, llora".

EXPLORADORES

AFRICA avanza en su gesto felino
hacia continentes atribulados
que le retiran su corazón cómplice
y ponen la otra mejilla a su espuela.

Es anfibia y cafetal la Señora,
atrapa como una selva al pionero,
dátiles sobre su palma balancea
ante el mágico cráter del volcán.

Buscaban baluartes milenarios,
el marfil que se oculta en su sabana,
entre encajes de la parda Etiopía
en las lindes del árbol arrayán.

Las huellas del antílope acarician
el limo mineral de la rivera
sobre la que el cuerpo náutico
navega la desnuda patria libre.

Tiembla la noche de la granja blanca
bajo el carmín oscuro de su tribu:
son tangerinos los sueños del cáñamo
y vetas del diamante los cabellos.

Que la piedad de Escipión perdone
las crecidas del Nilo poderoso
y sean las nieves del Kilimanjaro
refugio del amante que agoniza.

BIOGRAFÍA

NACÍ a un siglo de la destrucción de Corinto.
Lo ignoré todo el tiempo y fui dichoso, a su pesar,
a veces. He amado muchachas que ya no recuerdo
y toqué la muerte como una forja fría.

No supe de la villa griega, entretanto,
asolada por ríos de lava o de guerreros,
como el país interior a donde nunca he viajado
y que, sin embargo, explica tantas cosas.

PARASCEVE

LA dama del Gólgota al dolor pide vino
por bálsamo que alivie
el don del desconsuelo. Aún las parvas
de Canaán aguardan la vendimia
para que el olvido cuaje
sobre su cepa el fruto. Lamenta que sea breve
el sueño de los dioses
y que la muerte rasgue la cortina del templo
como retrato que la ira del amante ha roto.

La sombra del Altísimo su virtud ya no cubre
ni desplegó su brazo para alzar al miserable.
Recuerda Cafarnaúm y el naranjel del ciego,
al esposo, que era humilde,
domado por la vida. Su paso ya no alcanza
la fortaleza virgen,
ingrata ante su Rey y desleal a Judea.

Expoliado de la púrpura, a suerte sus vestidos,
al verbo contaron entre los malhechores.
En vísperas del sábado,
su angustia llueve
pero la última palabra será el silencio
silbando entre los quicios del sepulcro saqueado.

Comprarán, y es vano, cien libras de aromas
para ungir en áloe y mirra
la flor de su vientre.

Pide que vuelva el ángel para anunciar su nostalgia,
como el brote de la higuera avisa del estío,
mas no acude el júbilo al Mar de Tiberiades.

Pretendió que su hijo, y no supo,
trocara panes por perlas. O de sustento ofreciera,
por peces, frisos de Fidias y elegías de Propercio.

LEVIATAN

Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria.

CHARLES BAUDELAIRE

AOJADO entre las ramas del Arbol de la Ciencia,
tundido por el Ángel cuya luz
oculta el celemín,
¿temes acaso la música que, a mi sombra,
la vida interpreta,
o huyes del aceite que a mis restos preserva
del tacto fatal de tu mesnada?

Ungías de almizcle los cuerpos paganos,
Clave del Laberinto o Señor de la Culpa.
Ladrabas regalos y ambrosías
sobre el pináculo del Templo,
y fui pavesa de la fe oscura,
Legión habitante de la Corte del Gozo,
donde el pecado duerme.

Conoces la cábala que abre el lucernario,
los hechizos del cálamo y la mandrágora:
el número sexto repetirán tres veces
quienes llevan el nombre púrpura
escrito entre los pliegues de su clámide.

Navegaré el río
que viene de la Sierpe,
hacia la desembocadura de las profecías:
ojos de pantera
y joyas del peligro. Y una mujer
que huye con alas de águila.

Ofréceme cobijo, Lebrél de la caverna,
el último caballo
cuyo color es el fuego,
un rincón del destierro al que no llegue
la sangre que libara el cordero místico.

Libre del bien, como las furias,
mi alma sea
y al país del azufre emprenda su agonía
bajo aroma doncel y telas de Cypango.

Me besaré la tentación con el sigilo
que la noche imprime
a sus vestales
y obtendré morada en la doliente ciudadela,
sobre el claro de la selva oscura.

Allí vivirán avestruces y danzarán
los sátiros desnudos
bajo el silencio del séptimo sello,
amadores faunos de nínfulas fugitivas.

Cabalgarán con Diana, mis hijas,
hasta el alba.
De dueño carente y libre de la celda,
el hombre de las moscas esparcirá su salvia.
En la playa oriental, que es purgatorio,
por temerte, la dama escribe
bajo el velo:
"Te pareces al espíritu que concibes".

Exultará el orgullo que en su prado reposa.
He entregado en óbolo, a la penumbra,
el deseo,
antiguo Padre Nuestro que estás en las tinieblas.

Monarca a contraluz: confín del maleficio
y la derrota, he sido, provincia de tu Reino.

DESPEDIDA

DEMANDA nobleza al enemigo
o del amor,
un gesto de ira que el límite señale.

Evita, si es vana,
la ternura;
y el desconsuelo, si duele.

Recuerda
la calle que fue grata
y no regreses.
Contempla, desde el miramar,
la altiplanicie
pero busca las gaviotas cordilleras.

Es la tierra tu huésped:
respetar
sus costumbres. Será la vida
el Océano Pacífico
y sus ríos, la savia que venera
la sombra del jardín
o la miel que liba la fuente acústica.

Si alcanzas el puerto de Corfú,
la cima última
que viste nieve perpetua
o el Mar Muerto
que no sepa tu nombre y lo pronuncie,
envía nuevas a este domicilio.

Prenderé
en oración mi lamparilla
para que la ausencia no llame al camarín
donde el lecho engalanado
aguarda
a que rindas ese antiguo viaje.

VATICINIO

SU nave capitana volverá
vela al viento
para merecer favores de su fortaleza:
alcázar de la bóveda y litoral planicie,
cavernas del picón que la salina muerde.

Ofrecerá un galán de noche
al mar Estrecho
cuando la aventura reta al sur
contra sí mismo.

Mesará su liquen y robará la prenda
que, a contraluz, retiene
la dama que le olvida.
Si dobla la bocana su velero escampavías,
tema el despojo la ciudad claroscuro,
oculte el mármol su tesoro secreto,
tienda el foque la alameda
y hacia el golfo zarpe.

Huirán de Eritrea cansados pobladores,
a lomos de hipocampos y en almadías,
la amargura
que gusta del silencio tirano
y graba su nombre en piedra malaquita.

Pero a su carena amurarán las danzarinas,
el cuerpo del liberto
que malgasta su albedrío,
los dioses despojados de su honra
y del templo, cuyo velo la ventolina arrastra.

El mascarón de proa es la faz de Minerva
que combate a quien ama,
por no verse cautiva,
y le hiere para que la sangre
su dolor consuele.

Se llama Francis Drake y su venganza está escrita.

EL CANTO DE LAS SIRENAS

TAFETÁN visten las nativas con ojos sirios
y muestran su secreto a la falda del noble sicomoro
cuando el dios litoral su hechizo pronuncia
bajo la bonanza del crepúsculo en Venus.

Teñidas en índigo, túnicas de raso y crinolina
lucen, cuentas de cristal y perlas barruecas.
Han cubierto de organdí sus hombros
y ofrecen al viajero la espina del curare
para que el sueño sea eterno y olvide su patria.

La noche insular el paisaje engalana
con pieles de armiño y marta cebellina.
Los labios bordan el encaje del tacto
y en mantillas, de poleo aromadas,
reposan las gacelas su afán de correrías.

EL POETA ABANDONA LA ÉTICA

COMPRENDED que era joven.
Accedí, por ello, ante la Casa de Dios Padre,
conocí el arte del raciocinio y avaricié
el escondite del cáliz mago,
aunque Perceval, en su culpa vencido,
abandonara la busca de su último secreto.

Lejos, la tierra de Maheloas:
allí el Rey descansa.
Isla del Vidrio y de los Bienaventurados.
Hacia el alba, partí del páramo brumoso
y embozado soy bajo la tundra solitaria.

En el país de Galgarie, del que nadie torna,
he hallado la barca que sin timonel navega
a la morada de muerte defendida por damas,
guardesas del unicornio en lecho de maravillas.

Muros de cal cercan el Castillo de las Reinas.
Si sus víveres pruebo, renuncio a los mortales.
Prendí la carta del honor y su designio.
Perderé a voluntad esa ordalía
que el hombre entabla consigo frente al orgullo.

Creía que el verbo descifraba la cábala del tiempo.
Prisión del compromiso, cárcel de las ideas:
el viento de la muerte mueve su molino.
Si libre me deseo, huiré de ese presidio.

Buscaré la corza blanca, la juventud sin término.
Al Eterno he depuesto mi voto y su Grial olvido.

Pedidle explicaciones a las viejas leyendas.

CITA GALANTE

SEÑORA que contemplas, de lejos, esta villa,
bajo la seda noble que envuelve tu apellido,
has de saber que fui dichoso en el celeste
perfil de las plazuelas, alegre en sus cantinas
donde destila a veces, la vida, sus licores.

He conocido patios en que el azahar redime
de la fortuna adversa. Sus cántaros sonoros
vaciaron en mi copa los ácidos limones
de aquella joven clara, si el rizo de su entraña
por cítara tañí. Viajero experto en goce,
del honor que no fuera distraído, nunca supe.

Mas hoy las señas busco de la mujer que tapa
bajo el faldón la daga que a mi sangre convoca,
la de la esfinge altiva, contra ojos de tigresa.
Si menuda, majestad en reinos de buscones,
zarina de confines ajenos a la angustia,
nunca estreché su mano, pero su tacto siento.

Señora, si a verla vas, dile que a mí no acuda
y al Río de las Perdidas huya que, a su remanso,
la música del agua, por la floresta suena.
Brocal donde concluyen su tiempo los amantes
porque a la hora del cenit, la muerte llega siempre
bajo el signo de dioses borrachos e imposibles.

Barrio de reja abierta donde el miedo palpita:
de la pared, los cuerpos colgarán como cuadros
eternos y esparcidos por miradas y alcobas.
Serán las uñas armas y la piel, nuestro escudo.
O baile a carne viva, de la cadera, el ritmo,
al pecho, desbocadas las fúnebres caricias.

CRUZAR RÍO GRANDE

DESDE el mar, las banderas, al viaje invitan.
Cualquier techo, dicen, es una rendición.
Aquel carguero navega al corazón del fiordo
y de un mercante, sobre el muelle, descargan
alfombras de Ispahan, clavo de las Indias,
licor de Madeira y pieles del Gran Norte.

Hay que huir del miedo, a uña de caballo,
cruzar Río Grande y escribir en Santa Fe
el verbo de un disparo a pólvora mojada.
Hay que ocupar el pescante del peligro
y asaltar, embozado, el correo de la muerte
junto al desfiladero del monte Gurugú.

Pero no tornes, en vida, a una misma ciudad.
El regreso hace trizas al cristal del pasado.
El tiempo no perdona la piel de la avenida
ni el zócalo que cubre a parientes o desvaríos.
Si sabes como llueve sobre los puentes de Praga,
juro que la lluvia no es distinta en Budapest.

Cansado como un perro, al calor de la lumbre,
relatarás los percances de la aventura.
Traerás como regalo lámparas de aceite,
la campana infame del Viejo de la Montaña
y la cabellera de un gigante isleño
cuyo único ojo se convirtió en volcán.

BAMBÚ de Juan José Téllez fue publicado en la colección de poesía **Cuadernos de Al-Andalus**. (*Ed. Alba Editorial, Algeciras (Cádiz), 1988*).

© Juan José Téllez